



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12705

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde el 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 15 DE MARZO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

El eterno problema

No vamos á tratar en el presente artículo de los trascendentales problemas que preocupan á cuantos desean la prosperidad de esta región, que esos problemas ceden en importancia á otro que en Cartagena es casi insuperable. Nos referimos á la necesidad urgente de unirnos todos, para luchar con denuevo y vencer los males que se oponen al desarrollo de los intereses morales y materiales de este pueblo. Aquí, en nuestra querida ciudad, hay fuerzas sobradas para luchar; y si esas fuerzas, que están disgregadas, marcharan acordes, de tal manera que la unidad de acción les diera fortaleza, el triunfo se conseguiría pronto y sería duradero y firme. Pero estamos, al parecer, condenados á ser humillados y vejados por los gobiernos, que se aprovechan de nuestros alardes de quijótica independencia y de nuestros tonos personalísimos, que nos conducen á la ruina.

Es muy extraño que una región como la nuestra, que á la riqueza del subsuelo, á la fertilidad del campo, á la benignidad del clima, suma el cariñoso afecto de sus hijos; no encuentre dentro ni fuera de sus límites, decididos defensores de sus prosperidades, que alejen los tristes infortunios que en ella se ceban, sin oposición ni obstáculo alguno.

Cartagena vive poseída de la guidez abrumadora, por que sus hijos no aciertan, ni por instinto de vida social, á unirse para la consecución del bienestar de esta ciudad hermosa, á la que dicen que aman tanto, aunque según las trazas, hay algo de fuera palabrería en tal afirmación.

Por qué aquí en Cartagena, á vueltas de tantas protestas de cariño, no tenemos aguas, ni otros

servicios importantes y nuestra careada independencia es puramente nominal por causa de nuestras deudas y personalismos.

No tenemos espíritu de asociación, al menos para lo noble y levantado. Y si la unión nos falta para congregarnos, seremos siempre juguete de las asechanzas de los enemigos de nuestro pueblo, que son muchos, y que se engranan con nuestros decaimientos.

La causa principal, pues, de los males que nos agobian, radica en nosotros, esta en nuestra maldita aversión á constituir sociedades de resistencia que nos eleven por encima de las miserias que hoy nos separan y anonan nuestros aislados esfuerzos.

Cartagena parece una gran lezna caida, por culpa de sus hijos. Inteligentes y probos, eso sí, pero ineficientes por demás cuando se trata de defender sus intereses.

INERTIAS

El Sr. González Basada, ministro de Hacienda que fué de Villaverde, ha dicho que el proyecto de Osmá, relativo á la baja de los cambios, se puede calificar de pausapí dado á los viceyerdistas.

Y los jales de las minas se han llamado á la parte, tomando en la ofensa la que les corresponde.

hora que cada cual la dijera á su modo, ó la de nueva corrección y aumentada.

En el primer caso, que se aproveche.

En el segundo, que los ayude la fortuna si está de su parte la razón.

Leemos:

«En una villa del ducado de Badén, acaba de revelarse, si hemos de dar crédito á lo que dice un importante diario de Strasburgo, un émulo del propio Salomón.

Así como suena; un juez que rivaliza nada menos que con aquél sabio personaje.

Paseando un ciclista en su máquina, atropelló y mató un pato.

Su dueño exigió tres francos de indemnización, y el ciclista se negó á pagar más de dos francos.

Como no llegasen á un acuerdo, acudieron al juez.

—Pido, señor, tres francos por el pato muerto, y le cedo el cadáver de la víctima, dijo el querellante.

—Yo no quiero el pato, que se quede con él su dueño y le daré dos francos de indemnización contestó el ciclista.

—Está bien, agregó el juez. Usted déme el pato, dijo el aldeano, y usted, añadió, dirigiéndose al ciclista, déme los dos francos. Ahora, terminó diciendo, tome usted, buen hombre. Y diciendo y haciendo dió al dueño del pato los dos francos, mas tiro franco que sacó de su bolsillo.

—Pueden ustedes marcharse —concluyó — el pato es mío.

Y el aldeano y el ciclista se marcharon tan contentos.

¡Qué sabiduría!

De un golpe realizó un acto justo, dejando satisfechos á querellante y querrelado y se quedó con un pato por una peseta.

Lo que diría el juez, mirando al ave:

—¡Que no cayera un juicio de estos seis días por semana!

Dice un periódico:

«El Sr. Maura está refido al parecer, con la calma política y la normalidad parlamentaria.»

Es hombre muy raro el presidente.

Sin duda es de esos que el día que no se digastan se les indigesta la comida.

De ahí las trapatías que arma en el Congreso, ya por un nombramiento que levanta protestas generales, ora chingándose con Villaverde, ya lanzando á la prensa cuatro frases inofensivas que encierran otras tantas crudezas.

No lo hace á mal hacer si no por la salud.

Es decir, para hacer bien la digestión.

NUESTRA BURGUESÍA

«Las huérfanas de los últimos tiempos—la de la Feiguera, la de Biba ó por ejemplo—han dejado á los obreros sin trabajo que las lluvias y las tempestades.» (España, 11 Marzo).

...Y, sin embargo, no se prevía semejante resultado.

Los teóricos de nuestro movimiento obrero aseguraban todo lo contrario.

Decían, por ejemplo, que las industrias sólo se desarrollan en los países de jornadas cortas y de salarios altos, es decir, en aquellos donde las Sociedades obreras, mediante luchas incessantes contra el capital, logran disminuir las horas de trabajo y el nivel de los salarios.

En este sentido se han escrito miles de artículos y pronunciado cientos de discursos en España.

Se nos ha dicho que á jornadas largas y salarios cortos corresponde el atraso en las industrias, mientras su adelantamiento es consecuencia de las jornadas cortas y los salarios altos.

Y, por lo tanto se ha fomentado el descontento obrero, no sólo en nombre de las clases proletarias, sino en el del general progreso.

Ha de advertirse que esa propaganda tiene su justificación. Un somero examen del estado de Inglaterra y los Estados Unidos prueba que el adelanto de su industria coincide con la agitación de los trabajadores, y que á la rebaja en las jornadas y al alza en los salarios ha sucedido el perfeccionamiento progresivo en los medios de producción.

Es un hecho innegable, y los teóricos del movimiento obrero explicaban el hecho de manera plausible.

Aparte de que la productividad obrera no disminuye nunca con aquellas mejoras, las clases burguesas se ven obligadas á resarcirse de esta pérdida con el perfeccionamiento de la maquinaria, el mayor estudio de los mercados consumidores y de los centros productores de materias primas, el aumento de la producción, la supresión de los intermediarios no imprescindibles, y, en una palabra, con la adaptación á las industrias de los mejores métodos de fabricación y de cambio.

Y, entonces, ¿por qué en España en vez de contribuir el movimiento obrero al desarrollo de la producción ha servido para de tenerla.

Y este hecho es también innegable. En la actual falta de trabajo no es toda la culpa de la agitación proletaria. También son causa de la crisis el número y cuantía de los impuestos, la inestabilidad de los cambios y, sobre todo, la falta de conocimientos técnicos en el elemento director del trabajo, puesto que de algunos años á esta parte hemos visto en diversas regiones que comerciantes al por menor se convertían en navieros, y que dependientes de escritorio

se improvisaban gerentes de empresas mineras.

Pero es incontestable que las exigencias de las asociaciones obreras han contribuido á agravar esta crisis.

En Cataluña, en Asturias, en Vizcaya, en todas las regiones industriales se oyó la misma queja. Hay en Asturias fábricas á medio construir, que no se han acabado por temor de agravar la situación de los patronos para con los obreros.

Son varias las Empresas que, después de constituidas, no han reclamado á sus fundadores los capitales comprometidos, mientras no cambian las circunstancias.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué la agitación proletaria no ha dado en España los mismos resultados que en Inglaterra y en los Estados Unidos?

¿Por qué no se ha cumplido las profecías de los teóricos del movimiento obrero?

Sapientemente, por haber incurrido en el error de generalizar demasiado por haber supuesto que los móviles de los procedimientos de la burguesía son los mismos en todos los países, por haber creído que á nuestro incipiente desarrollo económico podían aplicarse las leyes que rigen en países escarapados de industria y por haber dado á la palabra burguesía un significado más extenso del que tiene estrictamente en otros pueblos.

Nuestra burguesía comprende en la burguesía desde el gran terrateniente que vive en el extranjero ó en Madrid sin cuidarse para nada de sus tierras, hasta el comerciante que despacha carbón en un acuario, pasando por el funcionario público, que tiene del burgués el traje y la corbata, pero no el capital ni la función productora.

Fuera de España, la palabra burguesía suele tener un sentido más preciso. Se llama así á aquella parte de la clase media que pone al mismo tiempo su capital y su trabajo en negocios industriales, comerciales ó agrícolas.

Ese capital, no excede, por lo común, de 100.000 duros ni baja de 10.000, porque los más ricos, salvo excepciones, tienden á vivir de sus rentas, sin otra ocupación que la de cortar cupones y cobrar dividendos, y, los más pobres, dejando á un lado casos excepcionales, carecen de bastante fortuna para emprender negocios por su cuenta.

Esa clase media es la que funda Empresas, la que las dirige, la que tiene interés y medios de dirigir y fundarlas.

Es, en realidad la que lleva la dirección

cede?... ¿Vos aquí Tarlesby? dijo con viva sorpresa. ¿Vos! Como y desde cuándo; mi buen amigo.

—Acabo de llegar, respondió el escocés; pero habíamos de lo que acaba de pasar. ¿Han muerto á alguien?

—Hablad tranquilamente, hija mía, dijo á Cecilia con voz á la vez firme y afectuosa; estoy aquí para hacerlos respetar.

—Sufria mucho, continuó ella. Cuando salí de aquí tenía la cabeza perdida; no sabía donde estaba. He entrado en la galería sin saber por dónde. Me he dejado caer en un rincón detrás de un cajón de flores. De pronto me ha parecido oír ruido en el patio; he mirado maquinalmente. Gran número de hombres se acercaban al pabellón. Han subido la escalera; alguien les ha abierto desde dentro. Al cabo de algunos minutos tres de estos hombres, saliendo de mi habitación, han aparecido en la galería.

—¿Dónde está ella? preguntó uno, después de dicho no se quita á los que le escuchaban en torno. Su compañera había cogido en mi estancia mi cofre de joyas y otras cosas que han arrojado á sus camaradas de á fuera. En el mismo instante un hombre ha salido del bosquecillo que hay frente de la casa. Ha muerto al primero de un pistoletazo. Los otros le han derribado. He reconocido á mi señor Burtell. Al verle caer he gritado: ¡ocorrió! Después he perdido el conocimiento; no sé lo que ha pasado en seguida. Los «hebras» que han acudido me han levantado.

—Y bien, señores! dijo el mayor FitzWalli, que llegaba armado de pies á cabeza, ¿sabéis lo que su,



Craigetop, dije al fin el escocés pid bien lo que voy á decir y no toméis mis palabras por vanas amenazas destinadas sólo á asustaros, porque son la fiel expresión de mi voluntad. Os he dicho que no os batiréis con Burtell. Tampoco quiero que os llevéis á Inglaterra á Cecilia para acabar de matarla á fuego lento.